

ESTUDIOS

Reflexiones sobre un enigma literario: Machado de Assis

EN cierto día del año de 1912 un niño brasileño que mal empezaba a aprender a leer y escribir, sacó de la biblioteca de su padre un volumen, lo abrió, lo hojeó, leyó algunas líneas y, al cabo de graves reflexiones, escribió a lápiz en el margen de una de las páginas: "Este libro no vale nada. No tiene figuras." Y firmó valerosamente su nombre. El niño era yo; el libro, *Dom Casmurro*; el autor, Machado de Assis.

En aquel tiempo vivía yo en viajes maravillosos por tierras exploradas e inexploradas a través de las novelas de Julio Verne. Bajé al centro de la tierra, crucé el Africa en un globo, di con Phineas Fogg una vuelta al mundo en ochenta días, y compartí las aventuras del capitán Nemo en veinte mil leguas de viaje submarino. Más tarde mi adolescencia me llevó hacia otros libros y otros autores. En las novelas realistas de Zola y Eça de Queiroz he obtenido mi certificado de hombría. Cuando yo tenía siete años el estante de libros de mi padre me parecía muy alto. Necesitaba subirme a una silla para alcanzar ciertos volúmenes. Ahora que había crecido, no tenía más que alzar el brazo para llegar a la última hilera de libros. Tomé otra vez una novela de Machado de Assis, la hojeé con un aire un tanto superior, posiblemente atusando mi bozo, y no sé cómo me sorprendí interesado en la historia. ¿El título del libro? *Memorias póstumas de Braz Cubas*. ¿El autor? Aquel mismo tipo sobre cuya obra prima diez años antes yo me había mani-

festado de manera tan decisiva y desfavorable. Bueno. Este señor no escribe nada mal, reflexioné. Tenía, claro, ciertas peculiaridades de estilo, la manía de cortar el hilo de la historia simplemente para charlar con el lector o hacer divagaciones que nada tenían que ver con la intriga. Sin grandes entusiasmos, leí el libro entero, y cuando mi padre me preguntó si me había gustado, le contesté encogiendo los hombros: "Más o menos..." Y volví a otros autores y a otros intereses extra-literarios.

Cinco años más tarde volví a encontrarme con Machado de Assis. Ya en ese tiempo yo empezaba a hacer mi literatura particular, y el trato con Ibsen, Balzac, Tolstoy, Flaubert, me había dado una conciencia muy aguda de mi pequeñez intelectual y un consecuente sentimiento de humildad. Por otro lado, la lectura de los humoristas ingleses me había preparado para comprender mejor a Machado de Assis. La verdad es que devoré ávidamente la obra de ese escritor brasileño, y desde entonces el autor de *Dom Casmurro* ha sido una de mis pasiones literarias más profundas, sin que eso signifique una traición de mi parte a Eça de Queiroz, un amor más antiguo.

Decir que esos dos novelistas se encuentran en polos opuestos sería no solamente un lugar común sino también una exageración. Sin embargo, la verdad es que en muchos aspectos uno es la antítesis del otro. El portugués es dionisiaco; el brasileño, apolíneo. Eça de Queiroz era un extrovertido; Machado, un introvertido. El estilo del lusitano es pulposo, sanguíneo, oleoso, rico de colores; el del brasileño es descarnado, seco, sobrio, exacto. Ambos amaban la vida, pero cada uno de ellos a su modo. Eça abrazaba y besaba la vida, tratándola con una intimidad ruidosa; Machado limitábase a saludarla de lejos, con desconfianza y sin familiaridad, mirándola siempre con un implacable ojo analítico, menos interesado en lo que ella le enseñaba que en lo que ella le escondía. El portugués, ciudadano del mundo, tenía en Francia su patria espiritual y consideraba el francés su segunda lengua, razón por la cual nunca le pareció mal emplear galicismos en su prosa. El brasileño nunca viajó al extranjero, raramente salía de Río de Janeiro, y los pudores que tanto le inhibían cuando trataba de cuestiones sexuales en sus libros, también regían su idioma, haciendo de él un purista. Las novelas de Eça de Queiroz, generalmente más voluminosas que las

de su colega de ultramar, están llenas de descripciones de paisajes, indumentarias e interiores. Las novelas de Machado, por lo contrario, están "desamuebladas", son sucintas en las descripciones, y en ellas el paisaje está casi siempre ausente. (Un escritor de mi país afirmó que "la casa de Machado no tiene patio". Y una dama me confesó que cuando lee las novelas del maestro le falta el aire.) La ironía del portugués es amable, burlona y sus dardos raramente penetran hondo en la carne. La ironía del brasileño es amarga y a veces cáustica, su bisturí penetra frío hasta el alma. Cuando se termina la lectura de una novela de Eça de Queiroz, uno llega a la conclusión de que con todos sus contrastes de luz y sombra, de felicidad y desgracia, la vida, al fin y al cabo, es buena y digna de ser vivida. Las novelas de Machado dejan en nosotros un resabio de hiel y nos infectan el espíritu con el microbio de la duda, contra el cual, en mi opinión, hasta hoy no se descubrió un antibiótico infalible.

La vida de Joaquín María Machado de Assis puede ser resumida en pocas palabras. Nació en un suburbio de Río de Janeiro, en el año de 1838, hijo de un pintor de brocha gorda y de una lavandera. Tuvo una infancia pobre, apagada y triste. Cuando no andaba por las calles de la ciudad vendiendo en una canasta los dulces que su madre hacía, quedábase en los rincones de su casa leyendo, pues la literatura era su pasión dominante. Obtuvo un empleo como tipógrafo en un periódico, y más tarde fué corrector de pruebas. A los veinte años publicó su primer trabajo literario. Hasta los treinta no produjo nada verdaderamente notable. De los treinta a los cuarenta escribió poemas, piezas de teatro, crónicas y algunas novelas, que hoy día son consideradas la parte menos importante de su obra. Solamente a los cuarenta dió el salto que lo levantó a la cumbre en que su nombre se encuentra. (Tengo la impresión de que con el pasar del tiempo la reputación de Machado de Assis no sólo se ha mantenido sino que ha aumentado.)

Y ese muchacho nacido en un barrio miserable, y que a duras penas se abrió camino en la vida social y literaria de su país, llegando a presidente de la Academia Brasileña de Letras, murió casi a los setenta años de edad, rodeado por la admiración y la estima de sus contemporáneos, que lo consideraban la figura más alta de

la literatura del Brasil, y quizás uno de los más consumados cultivadores de la lengua portuguesa en todos los tiempos.

¿Un "success story"? No. Mucho más que eso: un enigma. Pero ¿dónde está el misterio?

El escritor brasileño Graça Aranha, refiriéndose a Machado de Assis, pregunta: "¿De dónde le viene este sentido agudo de la vida? ¿Qué legado de genio o imaginación recibió? Nadie lo sabe. ¿De dónde esa amargura y ese desencanto? ¿De dónde esa risa cansada? ¿De dónde la dulzura? ¿La voluptuosidad? ¿El pudor? ¿De dónde ese tedio de los humanos? Esas cualidades y esos defectos están en la sangre, no son adquiridos por la cultura individual."

¿En la sangre? Demasiado vago. Los escritores en general pretenden resolver con imágenes literarias problemas de psicología y genética. (Debo confesar que yo no escapo a la regla.)

Pero volvamos al enigma o, mejor dicho, a la sangre. Machado de Assis tenía en sus venas sangre negra. Era un mulato, lo que constituía un estorbo serio a su carrera social y literaria. Esa, sin embargo, no fué su única cruz. Era también pobre, feo, flaco, tartamudo, y, como si no bastaran todas esas dificultades, sentía de vez en cuando "unas cosas extrañas" que, más tarde agravadas, quedaron claras: eran ataques epilépticos.

Los que estudian la psicología y la conducta social del mulato están unánimes en reconocer en ese tipo de mestizo una tendencia a la pedantería y al exhibicionismo, una sensualidad agudizada, una vanidad desmesurada, y hasta una cierta debilidad de carácter. Discreto, retraído, moderado y austero, Machado de Assis era la negación de todo eso. El ha traído una sobriedad digna a una literatura generalmente declamatoria y ditirámica, y ha dado profundidad a una novelística bi-dimensional que hasta entonces nada más había hecho sino reflejar pálidamente primero el romanticismo y después el naturalismo europeo.

¿Pero qué mano misteriosa habrá empujado al joven Machado a la compañía de autores británicos como Sterne, Swift, Thackeray y Dickens, en un país y en un tiempo en que la mayoría de los intelectuales todavía leía a Chateaubriand, Víctor Hugo, Fenimore Cooper, y apenas poquísimos ensayaban la lectura de Flaubert y Zola? Está claro que la pureza del estilo del maestro se debe al estudio de los clásicos portugueses, especialmente de Garrett; pero

parece haber sido inglesa la semilla que hizo brotar en el espíritu del antiguo tipógrafo la rara y extraña flor del humorismo. Porque el humor no es tan sólo una reacción o una actitud filosófica frente a la vida; puede ser también, como en el caso de Machado, una emanación de la propia forma literaria, y a veces incluso de la disposición tipográfica de los períodos y capítulos.

Hay algo que me seduce y al mismo tiempo me asusta en ese prodigioso buzo de almas. Es su casi mágica intuición, que en cierta manera —una manera literaria, medio vaga y siempre moderada, como convenía a su temperamento— ha hecho de él un precursor de Freud, Proust y Kafka. En una época en que los personajes de novela aparecían psicológicamente como hechos de una sola pieza, siempre consecuentes consigo mismos, Machado escribía: “No faltará quien afirme que el alma de este hombre es una colcha de retazos. Puede ser. ¡Moralmente las colchas de una pieza son tan raras! Lo principal es que los colores no se desmientan unos a otros, cuando no puedan obedecer a la simetría y a la regularidad. Era el caso de nuestro hombre. Tenía un aspecto de mezcla a primera vista; pero cuando uno miraba bien, por más opuestos que fuesen los matices, podía verse la unidad moral de la persona.” Analizando la sinceridad de una de sus heroínas, cuyas acciones parecen al lector contradictorias, el autor concluye que ella ha sido sincera “cuando se casó, cuando traicionó al marido y cuando lloró su muerte.” En otro libro afirma que “el hombre es una errata pensante. Cada estación de la vida es una edición que corrige a la anterior, y que será corregida también hasta la edición definitiva, que el editor da gratuitamente a los gusanos”. Hay personas —aun el escéptico afirma— que son “buenas por apatía”, puesto que “la pereza amamanta mucha virtud.” ¿Y qué es el vicio? El vicio, contesta el novelista a través de uno de sus personajes, es el “estiercol de la virtud.”

Cuéntase que Machado de Assis asistió indiferente a la liberación de los esclavos y a la proclamación de la República. Tal actitud, especialmente en esta nuestra época de literatura políticamente “interesada” es considerada por algunos críticos y lectores como un feo pecado. Sí, como muy bien ha observado el agudo ensayista brasileño Augusto Meyer, Machado de Assis “era el gran ausente”. Braz Cubas, personaje que parece reflejar el pensamiento del autor, habla de la “afirmación desdeñosa de nuestra libertad espiritual”,

y en sus memorias póstumas escribe: "Es voluptuoso y exquisito el aislarse el hombre en medio de un mar de acciones y palabras, de nervios y pasiones, decretarse ajeno, inaccesible, ausente." Me imagino que Machado debía pensar como aquel personaje del *Es-píritu subterráneo* de Dostoievsky, que declaró "una inercia consciente" como la mejor cosa del mundo.

¡Bien! Tal vez podamos llamar a Machado de Assis el "hombre del subterráneo". En cartas a amigos íntimos él mismo muchas veces se llamó de "caramujo". ¿Y no será natural que un hombre que se sabe feo, que tartamudea, y que de vez en cuando tiene ataques epilépticos, trate de esconderse por lo menos psicológicamente en un subterráneo?

Eça de Queiroz parecía eludirse con las apariencias del mundo. Un paisaje, un pedazo de cielo azul, una curva de río, un árbol o una rosa, lo hacían feliz. Deleitábase en la descripción de comidas y bebidas, y el lector tiene la impresión de *ver* los ojos del autor brillar de malicia, alegría y deseo cada vez que describe una mujer bonita. Eça tenía el placer de vivir. Con Machado la cosa era distinta. El paisaje lo dejaba frío, las personas lo aburrían. Parecía faltarle ese don de simpatía humana que hace a un novelista como Balzac identificarse con una estupidísima *concierge* o con un avaro. Machado mantenía entre su persona y sus personajes una cautelosa distancia, que en lo hondo no dejaba de ser también una forma de ausencia. Es como si, al contrario de Eça de Queiroz, él describiera la vida de fuera para adentro — afirmación ésta aparentemente paradójica, puesto que pocos autores conseguirán penetrar tan profundamente en sus personajes como Machado de Assis.

Su vida intelectual es un permanente soliloquio. ¿Qué otra cosa podría hacer el hombre del subsuelo, sino hablar consigo mismo y con sus fantasmas? Como una especie de dios cruel, parece crear a sus personajes solamente para después disecarlos sin piedad, como el siniestro héroe de uno de sus cuentos, que torturaba animales y personas por el simple placer de verlos sufrir. Pero afirmar que Machado de Assis era un sádico sería una solución demasiado fácil y barata además de insultante.

La verdad es que ese novelista escéptico, que nunca se contentaba con un vislumbre de las conciencias ajenas, sino que quería ver todo cuanto encerraban, ese cazador de almas, jamás se entrega-

ba al lector, a pesar de tratarlo siempre con cortesía. Lo que tenemos de su alma son fragmentos capturados aquí y allí en su obra, en las palabras, ademanes o reflexiones de sus personajes. Y si descubrimos contradicciones es porque, como ha dicho Mme. Rémusat "uno no es nunca únicamente aquello que es sobre todo."

El tono predominante en ese escritor y en sus personajes casi autobiográficos es la ironía o el tedio. Uno de sus héroes habla de la "voluptuosidad del aburrimiento". En otra página de su obra el maestro sugiere que reír es una manera de llorar o gritar. Como observó Augusto Meyer, "el humorismo trascendente desconoce las limitaciones del mundo ético, está mucho más allá del mal y del bien, pues rompió las amarras que lo prendían a la solidaridad humana."

La obra de Machado me parece una tentativa para revelar lo avieso de las cosas, de las caras y de las almas. El autor declaró guerra a muerte a la ilusión. Todo —parece insinuar él— no pasa de apariencia. Nada es sagrado. Y de nada sirve gritar o llorar. Estamos condenados. Lo mejor es reír. La ventaja que nosotros los humanos tenemos sobre los animales es la capacidad de reír.

Y él rió. Rió su risa amarilla, sardónica y ajendada. No es de admirar que en uno de sus libros más discutidos y personales —*Memorias póstumas de Braz Cubas*— el maestro ponga al imaginario autor escribiendo sus memorias en el otro mundo. ¿No era acaso esa la posición que él más deseaba: la del observador que se encuentra fuera del tiempo, más allá del bien, del mal y de las vanidades humanas, distante, superior, olvidado de sus defectos físicos, del color de su epidermis, de su tartamudeo, de todo? (Machado encontró una compensación para su tartamudeo en un estilo fluente, puro y claro.) Dice el difunto — autor que escribe aquel libro para distraerse de la eternidad. Machado escribía para distraerse del tiempo. Era en el tiempo donde estaban sus dolores y angustias. La eternidad era el olvido, un bostezo inmenso, la nada.

Recurro otra vez a mi amigo Meyer para citar lo que escribió respecto a la feroz "autofagia psicológica" de Machado de Assis. Era él como esos analistas que "se deshumanizaran lentamente, devorados por la lepra de las ideas, suicidas monstruosos que cultivan la angustia sistemática y que, acostados sobre un lecho de clavos, abren el propio vientre con la misma avidez de los niños que des-

pachurran sus muñecos." Es que el viejo Machado, al contrario de Eça de Queiroz, sólo sabía mirar la vida "sub specie mortis."

Pero el enigma continúa. Tenemos muchas piecitas del *jig-saw puzzle*. Tratamos de combinarlas para formar un dibujo significativo... Inútil. Lo que conseguimos es muy poco.

¿Cómo se explica que ese misántropo, que ese "verdugo de sí mismo", fuese en la vida un hombre de conducta tan ejemplar, funcionario público puntual y escrupuloso, marido fiel y amoroso, amigo tierno y delicado? ¿Cómo se explica que ese realista sin ilusiones creyese en la Academia Brasileña de Letras con toda su pompa, formalismo y ritual? Más aún, ¿cómo se explica que, habiendo sido tan feliz en el casamiento, habiendo encontrado una compañera tan dulce, virtuosa y delicada como su Carolina, haya él pintado en sus novelas una galería de mujeres falsas, hipócritas y adúlteras, como esa perturbadora Capitu, la "gitana de ojos oblicuos y disimulados."?

Pasemos a otro capítulo. Hagamos un resumen del único libro que hasta hoy ha tratado de estudiar el "caso Machado de Assis" bajo el punto de vista médico. Me refiero a la obra del doctor Peregrino Junior, *Enfermedad y constitución de Machado de Assis*. No creo que en ese ensayo se encuentre la clave del enigma, pero lo encuentro fascinante por lo que arroja de luz nueva sobre ese territorio misterioso que es la obra de Machado de Assis.

¿Quieren saber, en términos generales, lo que dice Peregrino Junior? Bueno.

Si aceptamos la teoría unitaria y correlacionalista de la psicología, debe existir una relación entre la constitución de un autor y su obra. Tenía Machado frecuentes ataques de epilepsia, y como Flaubert, que sufría del mismo mal, evitaba mencionar la palabra maldita. Una única vez la empleó en un libro en el cual describió un personaje "rodar por el suelo, epiléptica..." En las ediciones subsiguientes la palabra *epiléptica* fué substituída por *convulsa*.

Era Machado de Assis un esquizoide, un introvertido. Al contrario de los ciclotímicos, que son simples, adaptables y superficiales, los esquizoides son difíciles, rebeldes y profundos, sujetos a variaciones y sorpresas. Don Quijote era un esquizotímico; Sancho Panza un ciclotímico. Ciclotímicos también parecen haber sido Santo Tomás de Aquino, Kant, Spinoza, Goethe y Byron. Y anotados como ejem-

plos ilustres de tipos esquizotímicos están Dante, Pascal, Nietzsche y Shelley.

Estudiando a los escritores y artistas, Kretschmer llegó a la conclusión de que el expresionismo es una forma de arte puramente esquizotímica.

Según Mme. Minkowska, los epilépticos son —tímidos, metódicos, afectivos, fieles a sus amistades, dubitativos, escrupulosos, corteses, obsequiosos, preocupados con lo accesorio, apegados a hábitos, lugares y cosas; son también dominados por un instinto de muerte, y revelan una tendencia reiterada, eso es, retorno obstinado a determinados temas e ideas; más aún: su espíritu está impregnado de imágenes o representaciones, como en los sueños.

Descubre Peregrino Junior en la vida y en la obra del viejo Machado frases, escenas, intenciones y actitudes reveladoras de todas las tendencias enumeradas por Mme. Minkowska, que confieso no ser persona de mis relaciones.

Machado era afectivo, dedicado a los amigos, por los cuales mantenía una fidelidad inalterable. Era cortés y obsequioso hasta el punto de hacerse ceremonioso. Tenía gran apego a su tierra; raramente o nunca dejaba Río de Janeiro; era hombre de hábitos arraigados, caminaba siempre por las mismas calles, iba en ciertos días y horas a los mismos lugares: la librería Garnier, la redacción de la *Marmota*, la Academia . . .

Era también conservador en el dominio de las ideas. En opinión de Graça Aranha: Machado era el más libre de los escritores y el más conservador de los hombres. Admiraba a Inglaterra por su "ordenación social y solidez mayestática." Recomendaba el orden en la vida pública y nunca se hizo paladín de ningún movimiento revolucionario, pues ¿no es acaso la revolución un rompimiento del orden, de la paz, de los hábitos?

A pesar de su calmada apariencia, de sus modales de hombre bien educado, Machado era impulsivo. Cuéntase que, habiendo sido presentado un día a una actriz famosa, ésta al oírlo hablar con fluencia, le dijo: "Pero, Sr. Machado, me habían contado que usted era muy tartamudo pero ahora veo que no es tanto como dicen." Y el escritor, irritado, le replicó: "Calumnias, señora, calumnias. A mí me habían dicho que usted era muy estúpida, pero ahora veo que no lo es tanto como dicen."

Peregrino Junior estudia el carácter ambivalente de Machado de Assis, pretendiendo probar que era a un tiempo ambicioso y modesto, pues habiendo hecho en el comienzo de su vida un esfuerzo tremendo para huír del barrio miserable donde vivía, hacerse un nombre literario y ascender socialmente — una vez alcanzados sus objetivos hizo alto y pasó a detestar los honores, llegando a irritarse cuando lo elogiaban en su presencia.

Esa observación no me parece buena. No creo que en ese caso haya una antinomia. Cualquier espíritu medianamente cultivado, o, mejor dicho, cualquier persona normal capaz de distinguir entre la miseria y el confort, las ventajas físicas y espirituales que ofrece el plano humano sobre el plano animal — cualquier persona en tales condiciones, repito, haría lo que Machado hizo: lucharía en pro de una vida mejor y más bella. El hecho de haberse quedado voluntariamente en un determinado escalón social significa que, hombre equilibrado, consideraba su objetivo cumplido y pasaba a dedicarse a cosas más importantes, como por ejemplo su mujer y su obra. Y no creo que jamás, ni siquiera por amor de una imagen literaria, Machado haya manifestado su arrepentimiento de haber huído del mundo sombrío de su niñez.

Pero reconozco que hay pasajes en la obra del maestro en los cuales, a través de su estilo o del pensamiento y acción de sus personajes, él ha revelado una tendencia ambivalente. Su propia forma literaria es a veces un modelo de ambivalencia, pues ora afirma ora niega, aquí avanza para más adelante retroceder. No solamente el estilo, sino también las ideas. (Nosotros los escritores legos damos a lo que los psicólogos llaman *ambivalencia* el viejo nombre de *duda*.) Los personajes de Machado son también ambivalentes. Uno de ellos, Jacobina, cree que “cada ser humano trae consigo dos almas: una que mira de dentro para fuera y otra que mira de fuera para dentro.” En las *Memorias póstumas de Braz Cubas* hay una escena que vale la pena reproducir aquí no solamente por lo que revela como caso típico de ambivalencia sino también como un ejemplo del tipo de raciocinio cínico del autor. Es el caso que un arriero salva la vida del narrador, y éste cuenta: “Decidí darle tres monedas de oro de las cinco que tenía conmigo; no porque fuese el precio de mi vida, pues esa era inestimable, sino porque era una recompensa digna de la dedicación con que él me había salvado. Está resuelto;

le doy tres monedas." Sigue un diálogo rápido entre el arriero y el autor, y por fin éste se acerca a las alforjas, donde estaban las monedas, y piensa si tres monedas no será una gratificación excesiva. Quizás bastasen dos. Incluso una... Examinó el traje del arriero. Era un pobre diablo que quizá no había visto jamás una moneda de oro. Por lo tanto iba a darle solamente una moneda... Rió, dudó, y acabó poniendo en la mano del hombre una monedita de plata. Montó en su jumento y siguió al trote largo, un poco vejado o, más bien dicho, un poco incierto sobre el efecto de la platita. Y el narrador finaliza la escena: "Pero a algunas brazas de distancia volví la cabeza para atrás y vi que el arriero me hacía grandes reverencias, con evidentes muestras de contento. Comprendí que debía ser así; yo le pagué bien; le pagué quizá demasiado. Metí los dedos en el bolsillo del chaleco y palpé unas moneditas de cobre: eran los centavos que yo debía haber dado al arriero en lugar de la moneda de plata. Quedéme desconsolado con esa reflexión, me llamé pródigo, lancé la moneda de plata a la cuenta de mis disipaciones antiguas; y tuve (¿por qué no decirlo todo?) tuve remordimientos."

Describiéndose a sí mismo, Braz Cubas se llama "ambicioso y retraído, vanidoso y displicente, apasionado e indiferente." Y afirma que él mismo fué "un tablado en que se representaron piezas de todo género, el drama sacro, el austero, el sentimental, la comedia loca, la desgrefiada farsa, los autos y las bufonadas".

Refiriéndose a un personaje femenino dice que ella tenía "un pedazo de pampa y otro de pampero". Era una mujer divorciada, cuyo marido estaba combatiendo en el sur del país. Insinuó ella al hombre que la amaba que fuese al teatro de operaciones, matase al competidor y volviese para desposarla. El obedeció, mató al marido y volvió con la cabellera que cortó al cadáver. Paso a transcribir las palabras del autor: "Cuando le enseñé los cabellos del marido, arrojóse a ellos, los recibió, los besó, llorando, llorando, llorando..." Y después dijo al pretendiente: "Usted comprende que no puedo aceptar la mano del hombre que, aunque legalmente, mató a mi marido."

Otra característica del epileptoide que se encuentra en la obra de Machado es su tendencia a explicar. En las *Memorias póstumas* el lector a veces se cansa y hasta se irrita ante los constantes apartes

y digresiones del autor, que parece estar más preocupado en explicar cosas al lector que en contarle una historia. Hay capítulos enteros que son puros paréntesis.

El doctor Peregrino Junior estudia también la reiteración de los temas e imágenes sensuales en la obra de Machado. Este es un punto que, con el debido respeto al doctor Kinsey, me gustaría discutir más profundamente o, por lo menos, más largamente. Por desgracia me falta para eso espacio y competencia, principalmente competencia. El ensayista muestra la frecuencia con que el maestro habla de los ojos, de los cabellos y de los brazos de sus mujeres, principalmente de los brazos. Para nosotros que vivimos en el siglo del "burlesque", nada hay más inocente en un autor que mencionar esas partes tan respetables del cuerpo de sus personajes femeninos. Estoy convencido de que si había sensualidad en el viejo Machado, esa era una sensualidad tímida y reservada. No hay en toda su vasta obra una página siquiera verdaderamente erótica donde palpite el deseo carnal. Braz Cubas un día exclamó: "¡Gran lascivo, espera la voluptuosidad de la nada!" Eso parece confirmar mi sospecha de que la sensualidad del autor pertenecía más al dominio del espíritu que al del cuerpo. El ejercicio del análisis psicológico y el puro juego de las ideas quizás llegasen a producirle una especie de orgasmo.

Machado tenía también el gusto de las imágenes zoomórficas, lo que es una tendencia común a los borrachos inveterados. Eso parece indicar —escribe Peregrino Junior— la existencia, entre los antepasados de Machado, de personas dadas al alcoholismo. Con bastante frecuencia surgen en la obra del maestro imágenes zoológicas. Ahora compara el espíritu con un pájaro; poco después habla de una mariposita de alas de oro y ojos de diamante que vuela en su cerebro. "¿Qué dirían de nosotros los gavilanes —pregunta en otra página— si Buffon hubiera nacido gavilán?"

Creo que esa relación entre zoomorfia y alcoholismo es pura fantasía. A todos los niños sin distinción les gustan las imágenes zoológicas y las historias de bichos. ¿Podremos afirmar, sólo por eso, que todos los niños tienen ascendientes borrachos?

Machado preocupábase mucho con el tiempo. Su concepto de tiempo era bergsonian, aunque el novelista brasileño es anterior al filósofo francés. Machado aceptaba la irreversibilidad del tiempo y

creía que el tiempo tenía el poder de modificar las sensaciones. Una carta de amor que ayer nos parecía sublime, hoy nos parece ridícula. “El pasado es todavía la mejor parte del presente” — escribió a un amigo. Y en uno de sus libros hace esta reflexión: “Matamos el tiempo; el tiempo nos entierra.” Tenía, como Proust, la nostalgia del tiempo perdido.

Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Peregrino Junior es aquel en que estudia el “instinto de muerte” en Machado de Assis.

Schilder habla de la “ausencia” epiléptica, en el predominio de las representaciones de destrucción y renacimiento, las cuales se caracterizan por dos fases distintas: una de destrucción, otra de renovación. Ambas surgen a veces bajo la forma de “fantasías cósmicas”. (La famosa página antológica de Machado que describe el delirio de Braz Cubas es un ejemplo de fantasía cósmica.) El epiléptico se aproxima un poco al esquizofrénico en la fuga del mundo externo, en la intensa repercusión de los acontecimientos internos y también en una tendencia al narcisismo. Para el epiléptico, la muerte es anterior a la vida. Hay algo que impele lo que es vivo hacia la muerte. Ciertamente, en la obra de Machado uno nota la obsesión del autor en cuanto a la idea de muerte, destrucción, aniquilamiento. Braz Cubas declara que su libro es “aburrido, huele a sepulcro y trae una cierta contracción cadavérica”.

Sin embargo, tengo la impresión de que el viejo Machado venció el temor de la muerte, no con el auxilio de la fe en Dios y la esperanza en la vida eterna, como suele acontecer, sino con las frías armas del humor y de la ironía. Cuando la muerte llegó, Machado la esperaba con una tranquilidad resignada y triste en su casa entonces desierta de la presencia de su amada Carolina, que había muerto antes que él. Ya en su lecho de agonía, cuando un amigo le preguntó si deseaba ver a un sacerdote, el escritor le contestó: “Mejor no . . . sería hipocresía.”

Con relación al estilo de Machado, observa Peregrino Junior que hay en él un ritmo ternario de repetición. Aquí van algunos ejemplos:

“Serás siempre la misma cosa, siempre la misma cosa, siempre la misma cosa” . . . “me incliné solitaria, callada, laboriosa” . . . “li-

bros viejos, libros muertos, libros enterrados" ... "Capitu reflexionaba, reflexionaba, reflexionaba" ... — y así por el estilo.

Peregrino explica que esa tendencia quizá tenga una relación con la enfermedad que sufría el novelista. Sería el símbolo de las tres fases típicas de la crisis epiléptica: el aura, el ictus y la convulsión. Todo eso, sin embargo, me parece más literatura —y literatura de ficción— que ciencia.

Machado de Assis escribió una parábola en la cual esté tal vez la clave de uno de sus muchos secretos. Es aquella en que Asverus, el judío errante, pide a Dios que le mate, puesto que odia la vida, los hombres, y está cansado de sus interminables andanzas. Pero cuando la muerte se aproxima, él alza los ojos al cielo y grita al Creador que todavía quiere vivir. Machado pone en la boca de un personaje estas palabras finales y reveladoras: "El odiaba tanto la vida porque la amaba mucho."

Machado de Assis pasó su vida hablando con amargura de la vida. Pero poco antes de morir dijo a un amigo con una sonrisa triste: "La vida es buena."

Mucho se ha hablado y escrito sobre la vida y la obra de Machado de Assis. Críticos literarios y psicoanalistas examinan las novelas de ese extraordinario creador de caracteres sin llegar a descifrar el enigma. Porque cuando todo esté dicho y hecho todavía quedará el misterio. Y el día en que el misterio desaparezca de la faz de la tierra, no habrá más arte ni artistas ...

ÉRICO VERÍSSIMO